

EL SUICIDIO DE LOS CUVIVÍES

Fue jodido aquel 2020 en el que por jugar a ser Dios en las probetas nos robaron la primavera. Y para no desmoronarnos buscamos en el confinamiento razones que nos atornillaran a la vida mientras hacíamos agujeros en el tiempo.

El hombre hizo oídos sordos al sonido de las trompetas de un apocalipsis provocado en parte por su soberbia y sobrepujando al destino se replegó a la falsa seguridad a la que estaba acostumbrado. No reaccionó, espero que otros lo hicieran por él. El engaño y el autoengaño son inherentes a la condición humana. Las ilusiones tienen un valor adaptativo. Dicho en corto, la propia apatía del hombre le había convertido una vez más en un tono solemne con aires de suficiencia.

Pasados unos minutos, este hombre que bien pudieras haber sido tú, advirtió la voz de un poeta muerto cabalgando el aire:

“El triunfo del verdadero hombre surge de las cenizas de su error. No te amargues de tu propio fracaso ni se lo cargues a otro, acéptate ahora o seguirás justificándote como un niño. Aprende a nacer desde el dolor. Levántate y mira el sol por las mañanas y respira la luz del amanecer. Tú eres parte de la fuerza de tu vida, ahora despiértate, lucha, camina, decídete y triunfarás en la vida; nunca pienses en la suerte, porque la suerte es: el pretexto de los fracasados...”

El hombre aturdido se dijo a sí mismo: no sé si aprendo música a conciencia”

Y cuando abrió los ojos descubrió confinado que, “entre los muros de la patria suya, si un tiempo fuertes, ya desmoronados”, lo que fue hogar antaño hoy era cárcel que con sombras hurto su luz al día. Los armarios empotrados ya no se tragaban los espacios, se tragaban a los hombres. Las casas quedaron vacías, pues muchos de sus antiguos moradores vagaban el cielo gritando “muerto en intento de fuga”. Las lenguas celestiales del propio cielo especulaban con que, si la curva era ascendente o descendente, mientras algunos muertos ya por entonces cabreados, perdida la paciencia empezaron a quitar la capucha a los ángeles para descubrir la impostura.

Los que quedamos aquí tirados con la soledad del mundo girando bajo nuestros pies, íbamos de un lado para otro de la casa diciéndonos “soy este que va a mi lado sin yo verlo.” Y cada mañana todo hijo de vecino, esclavitud recién estrenada, partía rumbo entre las sombras como un manchón de musgo entre las ruinas a recorrer la distancia que separa la puerta de la casa del muro de carga del pasillo.

Yo, como todos, cogí el hábito tan absurdo de rodear como si fuera una rotonda, una alfombrilla de IKEA, horterera para más señas, volviendo sobre mis pasos para evitar la calle. Y así cada día frente a un estúpido “bienvenidos a mi casa” repetía monótonamente el ritual de sacudirme los pies como quien deshoja en la alfombrilla el rosal de su desconsuelo.

- ¿En qué empleo mi tiempo? Se preguntó el hombre
- ¿Me atrevo a perturbar el universo? En un minuto hay tiempo. Cosa difícil sacudir un cuerpo adormecido y descubrir de sopetón, *velis-nolis*, la fragilidad con la que los seres humanos transitamos por esta vida.
- “Abrid la tumba. Al fondo de esta tumba, se ve el mar”. La vida es así, sencilla al cabo cuando la liberas del lastre de los porqués.

Curiosamente nadie puso el acento en qué tipo de libertad es aquella que se pierde con tanta facilidad, cuando la Libertad es el único hecho superlativo junto al amor, en el que el humano encuentra una ventana dentro de su cuerpo. El hombre ya no sabe ser libre. No lo merece. Mira a la libertad como quien mira en el ojo de un muerto.

Entregar nuestra libertad es cosa que hicimos hace tiempo, y llenarse la boca de protestas ya no sirve de nada. Con nuestra libertad firmamos el primer pedido de mercancía: un ombligo con nulas cualidades para ser el centro del mundo. No hay tierra sin título en mano, así que, llegado el momento, hablar de libertad, resultaría tan absurdo como adornar un caballo con un plumero que termine enredando sus crines. Nadie nos robó la libertad, hace tiempo la entregamos voluntariamente al fideicomiso de dioses y señores que primero hicieron limpieza entre los libros y después inventaron los semáforos que nos hacen girar siempre en la dirección de sus pecados. Hay muertos que no acompañan ni a su propio cortejo.

¡El destino fabrica vestido de seda con gusanos! El hombre no distingue si camina o vuela. Afortunadamente los pájaros no leen la prensa, obedecen a su instinto.

Hablando de pájaros. No sé si habéis oído hablar del extraño suicidio de los cuvivies. Os lo explico: Sin una explicación científica clara, esta inteligente ave se estrella contra las heladas aguas. Con su inconfundible canto de dolor, en un instante indeterminado, se precipitan a las heladas aguas en un tributo ancestral, cósmico y misterioso. Los indígenas del lugar conocen a estos pájaros migratorios con el nombre de cuvivies por el sonido que emiten durante su tributo suicida.

Estos pájaros parecen decir “aún en el horror, más pura es la belleza del hechizo que nos condena a morir en sacrificio”, lo cual es una soberana estupidez. Así obran, mecánicamente, las masas adormecidas cuando operan nerviosas y fervientes al servicio de una causa.

Hay mucho de adánico en esta civilización desnortada que rima cultura con sepultura y siempre tiene la solución al alcance de la mano aunque jamás leyera un libro.

- Hola, es usted experto en música clásica, ¿verdad?
- Así es.
- Hábleme de la Quinta de Beethoven.
- Uy, pues todos muertos están ya...

El útero incorpora la muerte en el instante mismo en el que surge la vida. Pero en los tiempos modernos la muerte no se celebra, ni interesa los astrólogos, aunque para quienes habían de perder sus seres queridos con motivo de la pandemia, muerto y vivo ambos juntos, formaban hasta ayer el creciente de la Luna que iluminaba la oscuridad del hogar.

Y mientras el virus se hinchaba lentamente como el estómago de un impala, nosotros, cual caballitos desnortados, continuamos girando sin sentido alrededor del brocal de un pozo seco. La vida que no era vida se tomó su tiempo para declarar la guerra al miedo. Primero se cerraron las fronteras, y más tarde, de allí donde en vano la humanidad había fabricado su falso paraíso, el hombre cayó de súbito quedando frente a sí lleno de interrogantes. ¿Qué ha pasado?

Vino entonces aparejada a la pandemia la mentira. Y cuando toda noticia se divulga con relativo sigilo, mientras el hombre permanece ausente empotrado en una silla, es como si todos pidieran justicia menos el sepulturero. Las decisiones se parecen a un columpio, oscilan según el ritmo de los aplausos.

Las paredes no se pusieron de nuestra parte, aunque algunos quisieron celebrar la vida en una orgia de balcones, dándose placebo creyendo que la felicidad se encontraba apartando una simple escalera de tijera.

¿Sabes que es locura? Haber perdido todo de pronto tontamente y tener en adelante a la Tierra toda entera frente a ti.

Nos convertimos en zombis y como ellos, para huir de la tumba aceptamos morder cada día el sudario de nuestra desesperación. Aunque algunos no repararon en que el peligro que supone para la sociedad que los zombis anden sueltos es aceptable siempre y cuando cumplan su papel de obreros-esclavo.

Muchos vendrán a poner voz impropia en la voz callada de los muertos, y yo como aquella madre de un soldado caído en Irak que reconvino al presidente, a todos estos les digo: “francamente, señor, no creo que usted sepa lo que mi hijo diría...”

Las horas siguieron deslizándose a paso de tortuga por debajo del suelo y a golpes de aburrimiento se deshacía entre las sombras el olor de la tierra mojada, oscura y fría. Hoy es ayer para decir mañana fuimos muriendo a cada paso de impotencia, tropezando con muebles, ausentes en la figuración de un fabuloso espacio ribereño de toros, caracolas y delfines, hasta que la misma estofa de que estaban hechas nuestras ensoñaciones nos abrasaba y entonces sobrevenía el río con que la realidad nos arrastraba para sepultarnos con cargas de piedra.

Desolación: “dícese de aquel que se consume por tomarse demasiado en serio al mundo y a si mismo mientras ve por las ventanas a la gente mirar la tele, sorbiendo la sopa podrida del azar con indiferencia acostumbrada”

Un hombre un voto. Estarán por siempre encantados los fabricantes de opinión que hace tiempo convirtieron la ignorancia y la propaganda en inmunidad de rebaño (o de Palacio)

Míralos, que podrás esperar de aquellos que viven entre la mordedura del tedio y el eterno balanceo del odio sin hacerse tan solo una pregunta sobre el sentido de la vida. El tapiz no lo forma la luz sino su llegada. ¿Qué vas a esperar de una sociedad que antes salvará el cargamento y no la tripulación?

Recordó unos versos Wisława Szymborska:

Respeto su derecho
a reír, a susurrar
y a quedarse felices en silencio.
Una cosa no acepto.
Volver a ese lugar.
Renuncio al privilegio
de la presencia.

Doble esfuerzo supone al que ha perdido la esperanza, llegar a la otra orilla y mantenerse a flote. Seguirá el curso la gran fábrica anónima de la Historia, aunque cientos de cuerpos depositados en pabellones de hielo fueran deslizados hacia el olvido. Es un hecho probado que una desgracia individual nunca paro el mundo.

A todos aquellos que perdieron, yo les digo que a todos los muertos que mueren injustamente les fabrican zancos en las puertas del cielo para pasar por encima de Dios y golpear la Tierra como a un balón para lanzarlo más allá del muro de los cuerpos. Igual todo prosigue, pon el oído atento al corazón, y oirás la voz de tus muertos, bajar del orgulloso brío de su vuelo para pasear por las lindes de tu alma su presencia.

¿Qué importa si el mundo comprende o no comprende que cuando tienes la ternura del recuerdo abierta, bajan las almas de los tuyos a libar en tu alma colmenera que guarda las mieles del recuerdo!

Afuera de mi casa un necio que jamás leyó otra cosa que el diario deportivo, clamó en voz alta “viva la literatura”, le pareció un gesto de distinción con que acaparar todas las miradas desde los balcones. Y no os vayáis a creer, fue aplaudido por legiones de personas que jamás abrieron un libro. Y lo hicieron al unisono, dirigiéndose miradas de aprobación unos a otros como coparticipes de una gran gesta que en ese momento les transformaba en el centro de todas las miradas.

Yo soy un cabrón insensible, ¡vaya novedad! pues nunca hallé mayor regocijo que cuando todos declamaron aquello de: “y la gente se quedó en casa”. Ya entonces deseé que, visto lo visto, a lo mejor era la única solución para este mundo.

A mí solo me conmovieron los muertos, y el miedo de los viejos a morir en soledad. Porque no hay mayor dicha que morir apretando la mano amante en que depositar la flor de tu último suspiro. Pero estos muertos sin nombre murieron primero de incertidumbre, después de miedo, y finalmente de soledad. Alguno hay que exclamó y así lo escuchó un celador: “enterrarme con mi ternura para que cuando puedan velarme los míos no se envenenen con el rencor que no guardo, pues el primer acuerdo con la muerte es perdonar”. No hay mejor víctima que la que vence a su depredador con la palabra precisa. Siempre será mejor escribir que clavar el lápiz al verdugo.

¿Qué morirá conmigo cuando yo muera? Del pasado, conservé recuerdos de mujeres ligeras, de buen fondo algunas, que me amaron alegremente; pero especialmente moriré con las palabras que hube de pronunciar cuando en vez de consumirme en la hoguera de mi orgullo, vi alejarse mi verdadero y único amor llevándose 30 años de vida en común, bajando para siempre las persianas de sus dos ojos azules abiertos en veta que otrora solo se abrían para mí.

¿Qué es el verbo?

El verbo es un tipo de palabra con la que se puede expresar acción, existencia, estado y consecución. Dentro de las oraciones, el verbo actúa como el núcleo del predicado.

Dar la vida y el alma a un desengaño; eso no fue revolución, sino la guerra, quien lo probó lo sabe. El Covid no me ha dejado tocado, ha subvertido el orden de las cosas. Sí lo hubo. Mi razón se perdió parapetada tras la mascarilla. Entonces empecé a delirar creyéndome un escritor que puede hablar de Cervantes sin la más mínima dilación con el texto.

Cuando Cervantes acabó malherido y condenado a la amputación de su mano derecha, hizo que el autor del Quijote saliera de España huyendo del castigo para encontrarse con las Luces de bohemia de todo malparido que tritea su canción en prosa.

Serafín el Bonito: ¿Dónde vive usted?

Max: Bastardillos. Esquina a San Cosme. Palacio.

Un Guindilla [*guardia municipal*]: Diga usted casa de vecinos. Mi señora, cuando aún no lo era, habitó un sotabanco de esa susodicha finca.

Max: Donde yo vivo, siempre es un palacio.

El Guindilla: No lo sabía.

Max: Porque tú, gusano burocrático, no sabes nada. ¡Ni soñar!

No hay creatividad sin infortunio, por eso el español medio sabe descubrir desde lejos a quien crea desde la comodidad de los salones. Cuando más te agachas más se te ve el culo. Hay mucho de la fatalidad en el creador, no hay historia sin fatalidad, solo lleva llena la mochila aquel que avanza por la vida sacudiéndose a cada trecho la incertidumbre espoleada por el solo discernimiento de su voluntad. La perspectiva de los triunfadores es otra, sin duda, el egoísmo es esencialmente conservador y odia que le molesten. En el grito del desposeído esta disuelto su ego, quien todo lo fía a su genio. En su fideísmo niega indistintamente valor tanto a la racionalidad humana como al reclamo de las víctimas.

Genial cultura de muertos la nuestra. Donde hay poca justicia es un peligro tener razón, y al poeta más genial, Lorca, España le debe una tumba.

Tal como dijo Buda- en exceso, la complacencia y el rigor son igual de malos “.

Todos los viejitos fueron sacudidos bruscamente del árbol de la vida en el que dieron sus frutos. Antes de la pandemia, mucho antes, la fusilera Hécate, con la espingarda de la luna ya había salido de caza cuando el hombre empezó a torcer su destino y al revés del mundo aprendido de nuestros mayores, desdibujamos la frontera del cuidado y del amor. Y aunque toda catástrofe tiene la presunción de inesperada, en su principio viene precedida de un deslumbramiento.

Ya lo decían nuestros viejos:

-¿A dónde vas jinete sin cabeza? Solo que no escuchábamos.

O el hombre corrige su deriva o prefiero apearme en pleno vuelo como los cuvivies porque aunque también vivir precisa de epitafio, quiero vivir con la lección aprendida de mis mayores, quienes, a pesar de las dificultades siempre me enseñaron que cada día es más bello que cualquier desesperanza. Quiero creer que un día, cuando todo termine, alguien se acordará de estas palabras: que un hombre cabe en un recuerdo aun cuando en el periódico el nombre del ahogado no fuera de los propios.

Y para terminar que hizo el español: ¡hartarse a comer ¡Busco un punto de fuga, en el que se esconde el numen de la raza!

Lo primero que hace el español al levantarse es preguntarse por el tiempo ¿Qué tiempo hace? Pero este español no es campesino. ¿O ha quedado latente en su memoria epigenética el recuerdo de hambre de la especie? Supongo que sí, que es un atavismo de las sociedades campesinas, porque durante mucho tiempo el agro español vivió aferrado a su incertidumbre como el eco de un muerto a un campanario.

La ley del más pobre “reventar antes que sobre”. El españolito delata en esa ansia de comer el vínculo telúrico con la tierra. La comida, antes que nada en grupo, es una manera de celebrar la victoria del hombre sobre los elementos. La marmita es el Bestiario de la raza en donde gozan y hozan desde el niño al anciano. Así obra la tribu cuando esta junta: por la propia exigencia del conjunto.

Gachas, migas, arroces, pucheros, calderetas, laconadas, es la contraprogramación del pobre al pijo de la cocina fusión, al gastrobar y al puñetero diseño. La comida en España, ya está dicho, es, fue y será un sacramento colectivo, en donde como ante una mujer que se desnuda, cuenta tanto la expectación como el resultado.

En la cocina moderna todo es determinismo, puesta en escena, cálculo y apariencia, donde dos garbanzos glaseados no son el nabo de mi contento y lo dejo a quienes adorando el ostión por aquí recen.

Todas tus rentas son pizcas, y pizcos
sus estados, y nísperos que monden:
es conde cada cual de los que esconden
los mendrugos, que comen a repizcos.

Cuando mi madre nos daba el pan repartía amor. Las recetas no funcionan a menos que utilices tu corazón. Los ingredientes no son sagrados. El arte de la cocina es sagrado.

En esos locales asépticos de improvisación y risas, todo sucede mecánica de manos de un maître pariente del Conde Drácula, que trae una yema manjar tan delicioso nunca hubo, en la que todo está cocido y yo estoy crudo. Alguien como yo ante esas servilletas bordadas y cubertería fina desplegada en la mesa se siente como un gilipollas sacado por sorpresa de su bostezo. El alma salta de mi cuerpo al atrezzo, y se me van cayendo las carnes mientras el esqueleto se va revistiendo de cortezas.

Así que que se joda el Covid, la nueva realidad y las mascarillas, donde todo queda murado sin salida a ningún futuro.

Mientras en España dejen celebrar la bacanal entorno a un puchero, donde una mano antes desconocida ahora amiga comparte cuchara contigo aprovechando de forma mancomunada los últimos granos pegados al fondo de un arroz ideal para durar o estar un rato, que dio al mismo Jesús su razón para creer, no existirá diferencia entre el de Podemos, el de Vox, o la suerte de toros que toque en clarinete, porque somos una raza de cabrones excepto cuando desde Europa nos intentan convencer a nosotros, el crisol más fértil y sincrético de todo el Mediterráneo, de que somos sus parientes putativos.

Y así a “PARIENTE QUE NO LUCE, PEDRADA QUE LO DESMENUCE”, todos somos lo mismo bajo el pulso de una imagen, pues por aquellos cerros grises de la infancia todos acotamos el mismo trozo de planeta, y no hay amor más fuerte que el que cuando más falta hace, sale de su nido. El español solo cuando celebra la vida lo hace bajo una única bandera.

¿Qué herencia sino ésa recibimos?

¿Qué herencia sino ésa dejaremos?

Todos los antiguos cultos se derrumban, huid de ellos para que no os aplasten cogiéndooos en su caída. Refugiaos en el rock, porque la vida seguirá siendo la misma, mientras el Pirata y su equipo cada mañana al sintonizar Rock FM, te sigan sacando esa sonrisa que nos damos los unos a los otros para vencer al miedo y seguir viviendo.